



Universidad  
Pontificia  
de Salamanca



**LOS TRADUCTORES MEDIEVALES  
DE TOLEDO:**  
el control del conocimiento  
a través del idioma

**Carolina Guimarey-Foley**  
**Junio 2021**

Máster Internacional para Profesores de Lengua y Cultura Españolas

## ÍNDICE

Introducción .....	2
Resumen .....	2
1) Sus comienzos	
a) El trasfondo cultural y lingüístico en Al-Andalus hacia el siglo X .....	3
b) El aporte de las bibliotecas del mundo árabe .....	7
c) El impacto de la Convivencia de las tres culturas .....	9
d) Toledo y los cambios políticos en Al-Andalus .....	11
2) Su funcionamiento y desarrollo	
a) Su estructura como institución .....	14
b) El proceso de selección y traducción de los textos .....	17
c) El aporte árabe-judío al conocimiento académico .....	20
d) El rol de la Iglesia cristiana en su creación .....	23
e) El rol de Alfonso X en su expansión y desarrollo .....	26
f) Los motivos y necesidades detrás de su creación y expansión .....	29
3) Su trascendencia	
a) El impacto inicial en el resto de Europa y el proceso de difusión de sus traducciones .....	32
b) Su legado e Influencia en la mentalidad europea de los siglos posteriores .....	36
Conclusion .....	39
Bibliografía.....	41

## **INTRODUCCIÓN:**

Uno de mis viajes a España me llevó a Sevilla y a su Catedral, la antigua Gran Mezquita, donde se encuentra el sepulcro del rey Fernando III de Castilla. La inscripción grabada en mármol, ordenada por su hijo Alfonso X, es un texto escrito en cuatro idiomas: latín, castellano antiguo, árabe y hebreo. No entendí en ese momento el significado y la relevancia de esta inscripción en los cuatro idiomas de Al-Andalus, ni la relevancia de estos monarcas. Si bien sabía sobre los siete siglos de los musulmanes en España, no conocía en qué medida esta cultura había impactado la identidad de España. La atmósfera árabe que se percibía en Granada y el barrio Albaicín, me hizo querer volver y a su vez, investigar más sobre esta época en la historia de España que, aunque no siempre investigada ampliamente, fue decisiva en su desarrollo histórico, cultural y lingüístico. Comencé a aprender más detalladamente sobre Al-Andalus, la Convivencia y el legado de los árabes en la Península. Pero sobre todo, tuve el placer de descubrir sobre las magníficas bibliotecas árabes y el tesoro intelectual y académico que estas poseían. Cuanto más leía sobre esta época, más continuaba descubriendo información invaluable. Así fue como llegué a descubrir la existencia de la Escuela de Traductores de Toledo. Esta fue una de las iniciativas académicas, multiculturales y multi-lingüísticas más trascendentes de la historia europea, por lo que significó para el conocimiento intelectual y académico, y por lo que implicó llevarlo a cabo en un periodo restringido de estricta religiosidad como la Edad Media. Aunque nunca tuve duda que elegiría este tema a desarrollar para mi Trabajo de Fin de Máster, la línea de investigación para este trabajo estará orientada no solo a describir el funcionamiento y la actividad de esta institución académica de más 150 años sino a entender los porqués de su fundación, como llegó a crearse esta iniciativa, quienes fueron sus impulsores, cuáles fueron sus necesidades que motivaron a su creación y el legado transformativo que dejó a la humanidad.

## **RESUMEN:**

La Edad Media europea es normalmente conocida como la edad oscura o los años oscuros según el erudito italiano Francesco Petrarca, debido a la poca literatura de calidad que

existía en el siglo XIV. Sin embargo, la España medieval, durante los siglos XII y XIII, estaba viviendo un renacimiento intelectual gracias a los árabes que la habían conquistado cuatro siglos antes. En la ciudad de Toledo, recientemente recuperada para los cristianos, se llevó a cabo un experimento multicultural y multilingüístico, innovador y sin precedente, que transformó España como nación, la mentalidad europea medieval y dejó un legado intelectual y académico excepcional que subsiste hasta nuestros días. Ese experimento se lo conoce como la Escuela de Traductores de Toledo y, aunque la denominación no sea la adecuada para describir la estructura de esta institución, fue allí donde se logró traducir el conocimiento filosófico y científico proveniente del oriente, de los antiguos griegos y de los árabes. Por darlo a conocer al resto de Europa, constituyó en una de las mayores transferencias de conocimiento en la historia.

## **1) Sus comienzos:**

### **a) El trasfondo cultural y lingüístico en Al-Andalus hacia el siglo X**

Para poder entender la existencia de una iniciativa como la Escuela de traductores de Toledo, es necesario volver atrás y conocer el trasfondo cultural y lingüístico de la España musulmana, Al-Andalus, luego de ser conquistada en el año 711.

Hacia el siglo IX, los cristianos defensores de la fe cristiana y el latín, empezaban a observar un fenómeno perturbador, antes inexistente: la rápida arabización de los jóvenes cristianos en Al-Andalus y “la cultura cristiana disolviéndose rápidamente en el solvente árabe” (Menocal, 2002, 66), según observó Alvaro de Córdoba. Alvaro, académico y teólogo que vivió en Al-Andalus durante el siglo IX, se lamentaba de que “talentosos jóvenes cristianos estudian libros árabes con entusiasmo” (Menocal, 2002, 66), cuentos persas escritos en Bagdad capturaba la fascinación de sus instruidos colegas, mientras que veían la literatura cristiana como de menor valor y no digna de su atención a la vez que “eran ignorantes de la belleza de la Iglesia” (Levering Lewis, 2008, 318; Menocal, 2002, 66).

Además de la pérdida de cristianos a la fe musulmana por conversión, existía la realidad de la integración religiosa y cultural mediante matrimonios entre musulmanes y cristianos, resultando en hijos mixtos de madres cristianas y padres musulmanes, que estaban siendo criados como musulmanes y cuya lengua estaban aprendiendo junto con el latín (Menocal, 2002, 68). Se considera que, en Al-Andalus durante el siglo VIII, alrededor de 40% de la población cristiana se convirtió al islam, según las declaraciones de impuestos, y ese porcentaje aumentaría mucho más hacia el siglo X; convirtiéndose la mayoría cristiana en minoría hacia al final del siglo, por haberse convertido al islam o haber emigrado a reinos cristianos.

La conversión al islam no era obligatoria sino voluntaria; cristianos y judíos podían conservar su religión a cambio del pago de un impuesto. Considerando que la conversión al islam abría las puertas económicas, legales y personales, el número de gente involucrada y la velocidad en que esto sucedía alarmó a la iglesia cristiana porque, incluso los que no se convirtieron, terminaron asimilando otros aspectos del Islam, como el lenguaje, la forma de vestir, de nombrarse y de comer, a los cuales se los denominó *mozárabes* (Levering Lewis, 2008, 316-319).

Los musulmanes trajeron a España una joya invaluable: el árabe, un idioma que hablaba elegantemente sobre necesidades humanas fuera de la religión. El latín escrito era un lenguaje solamente usado en los textos religiosos, mientras que el árabe, además de estar conectado con la fe musulmana, era utilizado en poemas laicos con temas como el amor, la soledad del exilio, el sufrimiento pasional, etc (Menocal, 2002, 68). Si bien el idioma árabe se había convertido en el idioma de los instruidos, Álvaro de Córdoba escribió su *Indiculus Luminosus* en latín, idioma que se estaba usando menos entre los andaluces, lamentándose que “se han olvidado de su propio idioma” (Levering Lewis, 2008, 316-318). Tan afianzada era esta admiración por la cultura árabe que hasta incluso el futuro Papa Silvestre II en el siglo X, cuando todavía era un joven francés apasionado por las matemáticas, había estudiado los numerales árabes-hindúes en un monasterio en el norte de España (Lowney, 2005, 72).

Este era el trasfondo cultural, académico y lingüístico que se respiraba en Al-Andalus a partir de la llegada de los Umayyas en el siglo VIII. En cambio, en la Europa cristiana medieval

temprana, el panorama académico era muy diferente. Manuscritos y textos académicos eran extremadamente limitados y una rareza intelectual, ya que sólo una pequeña parte de la población europea era lo suficientemente instruida para poder leer latín y mucho menos entenderlos. De la misma manera, antes de la llegada de los árabes, la gran mayoría de la población de España, de aproximadamente cuatro millones, consideraría la escritura como una incógnita sin resolver.

A excepción de unas cuantas escuelas dependientes de los monasterios y catedrales, dedicadas a instruir a clérigos para la iglesia, no existía una educación formal de manera organizada (Lowney, 2005, 15). Las primeras universidades europeas comenzaron a funcionar en el siglo XI y eran accesibles sólo a los estudiantes que estaban dispuestos a tomar votos religiosos y convertirse en sacerdotes. Por ser estas Instituciones tan restringidas, se limitaba las oportunidades de estudiantes no interesados en el sacerdocio, judíos y musulmanes, de tener acceso a una educación avanzada.

En cambio en Al-Andalus, algunos de los centros de aprendizaje superior, llamados madrasas, aunque privados pero conectados con las mezquitas, estaban abiertos a toda clase de estudiantes sin discriminación, ofreciendo una educación avanzada, tanto religiosa como laica. Este fue el motivo por el cual los eruditos y académicos cristianos y judíos acudían a estas instituciones de aprendizaje de adultos, que llegaron a tener excelente reputación en el exterior (Burnett, 2008, 1). Estos académicos y estudiosos europeos, incluidos traductores, estaban motivados por la búsqueda del saber, de aumentar sus conocimientos y por la frustración de no tener acceso a textos griegos antiguos. La realidad era que en las bibliotecas de la Europa medieval, se hacía referencia a textos clásicos griegos que ya no estaban disponibles. Intelectuales como Aristóteles, Galeno o Tolomeo eran conocidos pero sus obras estaban perdidas, quizás para siempre (Lowney, 2005, 16-18; Mantas-España, 2014). Por fortuna, gran parte del conocimiento de los antiguos griegos existía en las bibliotecas del mundo árabe.

Las espléndidas bibliotecas musulmanas en Al-Andalus, comparadas con la posición intelectual restringida de la iglesia cristiana del siglo X, representaban una postura guardiana del aprendizaje, una obligación de proteger y transmitir el conocimiento a las generaciones

posteriores, incluso aunque éste albergue contradictorias formas de alcanzar el conocimiento, como la razón y la fe. Esta postura reflejaba una de las corrientes más influyentes de pensamiento filosófico en el imperio musulmán del siglo X, el Mutalicismo o Mu'tazila. Este principio filosófico incorporaba la noción de racionalismo, basado en la filosofía griega antigua, para cuestionar, debatir sobre la realidad y la naturaleza del universo, mediante el uso de la razón lógica (Amir-Moezzi & Schmidtke, 2009, II). Esta actitud intelectual musulmana, que consideraba la razón como fuente principal de conocimiento, constituyó un remedio al vacío intelectual, material y cultural dejado por el imperio romano en la Europa medieval. Información sobre esta actitud cultural e intelectual comenzó a trascender las fronteras hacia el norte cristiano después del siglo X, mostrando las oportunidades que se podían acceder en la España musulmana (Menocal, 2002, 35).

Con respecto a la necesidad de preservar y transmitir el saber, lo más aproximado que existió anteriormente en España, fue la *Etimología*, escrita en el siglo VII por el erudito religioso Isidoro de Sevilla, como un inventario de todo el conocimiento necesario pertinente a la época. Si bien la *Etimología* siguió siendo consultada durante los siglos posteriores y comprendía un extenso catálogo de información, era muy reducida comparada con los 2.500 capítulos de la enciclopedia *Historia Natural*, creada seis siglos antes por el erudito romano Plinio el Viejo.

Como antecedente a la obra traductora de Toledo creada dos siglos después, el primer proyecto de traducción en el siglo X en Córdoba consistió en el texto *De Materia Médica* de Dioscórides en el griego original, obra fundamental de la ciencia griega y obsequio del Emperador Bizantino Constantino VII al Califa de Córdoba Abd ar-Rahman III. Con el manuscrito llegó también un monje griego indispensable para asistir en la traducción. El proyecto requirió, por más de un año, de la colaboración intercultural e interlingüística de un judío, un bizantino y varios árabes. Un proyecto de tal magnitud nunca hubiera sido posible en la Europa cristiana o en el Imperio Bizantino. Aunque la versión en latín tardaría varios siglos en llegar a Europa, terminó convirtiéndose en obra de referencia modelo hasta el siglo de las luces, evitando la necesidad de pasantías médicas en Bagdad o Cairo (Levering Lewis, 2008, 331).

## **b) El aporte de las bibliotecas del mundo árabe**

El conocimiento académico de los antiguos griegos llegó a Córdoba, y por lo tanto al resto de España, por medio de los árabes que conquistaron la península Ibérica en el año 711. Después de la caída del Imperio Romano, la mayoría de los centros académicos antiguos se redujeron, cerraron sus puertas y sus bibliotecas fueron saqueadas. Los manuscritos que se encontraban en esas bibliotecas, incluso en la famosa biblioteca de Alejandría, fueron quemados o desaparecieron y los que sobrevivieron fueron conservados en monasterios, a la medida que algunos de estos se convertían en centros de producción de libros. Gran número de los manuscritos filosóficos que estaban en discrepancia con la fe cristiana fueron olvidados, aunque algunos tratados sobre medicina de Galeno fueron copiados y preservados. Sin embargo, muchos de estos manuscritos griegos se mantuvieron salvaguardados en comunidades cristianas en Siria y Persia, durante el imperio Bizantino, hasta que fueron descubiertos por los árabes en el siglo IX (Moller, 2019, 40-42).

A partir del siglo VIII, durante la edad de oro del islam, la nueva dinastía musulmana Abasí estableció la Casa de Sabiduría de Bagdad (Bayt al-Hikma), que tradujo al árabe el conjunto casi entero de textos filosóficos griegos, además de tratados persas, sirios e indios. La estrategia de traducir todo el conocimiento existente de la época simbolizaba la mentalidad del imperio musulmán sobre la relación entre la educación académica y la supremacía que esta otorgaba mediante la palabra escrita en los libros (Burnett, 2008). Esta estrategia reflejaba la actitud filosófica que era prevalente en la doctrina islámica de la época, *el mu'tazila*, un movimiento racionalista que apelaba a la razón como posible base de conocimiento posible. Si bien esta doctrina surgió en Iraq en el siglo III, tuvo su apogeo durante la dinastía Abasí en el siglo X durante la edad de oro del Islam (Amir-Moezzi & Schmidtke, 2009, II).

Por fortuna, la ciudad de Córdoba en Al-Andalus pudo tener un acceso constante a estos innumerables manuscritos y este acceso continuó aumentando incluso durante sus enfrentamientos bélicos y desintegración política del siglo XI, convirtiéndose en la fuerza que trajo progreso económico e intelectual a la península ibérica y por ende al resto del Mediterráneo (Levering Lewis, 2008, 386). La asombrosa ciudad de Córdoba, en el siglo X,



reflejaba lo que ya era normal en el resto del imperio musulman, agua corriente proveniente de acueductos, baños públicos, más de 10,000 tiendas, caminos alumbrados y adoquinados, y por supuesto, sus bibliotecas, siendo este patrimonio intelectual, uno de lo que más tuvo trascendencia histórica de su paso por España y el enfoque de este trabajo de investigación. Mientras estas voluminosas bibliotecas eran resultado de la curiosidad intelectual y cultural islámica, nada en la Europa occidental se podía comparar con estas extraordinarias bibliotecas repletas de textos. Solamente en la biblioteca del califa de Córdoba, entrarían todos libros de todas las bibliotecas de la Europa cristiana juntas. Considerando que una biblioteca europea cristiana no conservaría más de 400 volúmenes, los 400.000 textos, que el califa de Córdoba tenía en su propia biblioteca, testifican una verdadera devoción a los libros y al conocimiento por parte del gobierno musulman de la época (Lowney, 2005, 5). Había más de setenta bibliotecas en Córdoba junto con más de setenta copistas dedicados exclusivamente al venerado trabajo de transcribir textos religiosos. Según el historiador Edward Gibbon, la riqueza de conocimiento que se podía encontrar en las bibliotecas musulmanas era tan extensa que solo los catálogos de la biblioteca de Córdoba, conteniendo información sobre unos 6 mil manuscritos existentes, llegaban a ser unos cuarenta y cuatro; difícil de comparar con actitud intelectual que existía en las bibliotecas europeas, ya que en ellas solo se limitaban a copiar los pocos textos griegos que poseían (Lowney, 2005, 5).

La mayoría de los textos que las bibliotecas musulmanas conservaban eran de contenido religioso o lingüístico, sin embargo también guardaban manuscritos imposibles de encontrar y hasta desconocidos en la Europa medieval cristiana del siglo X: numerosas traducciones al arabe de cruciales obras clásicas de antiguos filósofos y científicos griegos provenientes de las bibliotecas de Bagdad (Menocal, 2002, 30-35). Además de la antigua sabiduría griega recuperada, los expertos musulmanes trajeron tanto nuevos conceptos filosóficos como técnicas médicas originales y matemáticas de avanzada, incluyendo los numerales indo-árabes utilizados en la actualidad en todo el mundo (Lowney, 2005, 5). Este inmenso tesoro cultural y científico que existía en las bibliotecas de Al-Andalus hizo que estos nuevos conocimientos musulmanes no solo fueran aceptados sino absorbidos fácilmente y con presteza por los cristianos, junto con el lenguaje y la cultura arabe, convirtiéndose en motivo de preocupación

para los defensores de la fe cristiana (Levering Lewis, 2008, 316).

Las bibliotecas musulmanas de Córdoba eran diferentes de las cristianas de Europa no sólo en relación al contenido académico sino también al material propio de los manuscritos. Los textos europeos estaban escritos sobre pergamino o piel de animal, mientras que los manuscritos musulmanes utilizaban papel de lino o de corteza, haciéndolos más accesibles, más durables y teniendo una repercusión sobre el conocimiento similar al del invento de la imprenta en el siglo XVI. Los árabes habían aprendido, por medio de los chinos, a fabricar papel y, eventualmente, Andalucía produciría su propio papel en el siglo XI, aumentando el acceso a la reproducción de libros (Levering Lewis, 2008, 326-7).

### **c) El impacto de la Convivencia de las tres culturas**

La diversa población de la España medieval, con sus numerosos idiomas y diferencias culturales, nunca fue un concepto particularmente nuevo, ya que desde antes de la conquista romana, en este territorio se habían establecido culturas provenientes de otras regiones como los iberos de África, los celtas de Europa del norte y los judíos del medio oriente (Lowney, 2005, 22). Sin embargo, durante la existencia del Al-Andalus durante siete siglos, estas diferentes culturas formaron parte de una experiencia histórica nunca antes vista. En esta sociedad de Convivencia, los judíos arabizados desarrollaron y estandarizaron su idioma hebreo, los cristianos adoptaron placenteramente las costumbres y cultura árabes, incluyendo su arquitectura y filosofía intelectual (Menocal, 2002, 11). Las tres culturas y sus tres religiones se integraron en una convivencia de tolerancia que fue necesaria para fomentar una comunidad relativamente pacífica, y la razón podría haber sido económica. Existían muchas circunstancias donde compartir los recursos naturales era beneficioso para todos, como el uso de la irrigación para los cultivos y de molinos para los granos entre otros, e incluso los baños árabes comunales que se popularizaron rápidamente, donde no todas las comunidades repartían su uso dependiendo de la religión. Aunque en las ciudades musulmanas, judías y cristianas se congregaban en sus propios distritos, en villas pequeñas esto no era posible y era necesario comerciar con las otras comunidades para sobrevivir económicamente. Si bien la interacción no

era ideal, la vida compartida logró un entendimiento mutuo que era necesario para sobrevivir y sobrellevar esa constante interacción, haciéndola más eficiente. La vida en común hacía más fácil “la percepción del otro como multidimensional” (Lowney, 2005, 204-206).

Esta vida compartida abrió el camino e hizo posible una colaboración más profunda entre las tres culturas, una contribución entre eruditos, permitiendo la transmisión del conocimiento, a pesar de estar rodeada de una Europa intelectualmente cerrada y obtusa (Levering Lewis, 2008, 327). Especialmente entre musulmanes y judíos, esta colaboración influyó simbióticamente en las dos comunidades. Las dos culturas tuvieron su respectivo siglo de oro, durante los siglos X y XI, y contribuyeron intelectual, política, científica y culturalmente en la otra (Levering Lewis, 2008, 330). Solamente la *Convivencia*, como se le denomina normalmente a este periodo, hizo posible la existencia de un proyecto de tal magnitud como el de la traducción de cientos de textos, por medio de los traductores toledanos.

La conquista musulmana de España obligó a los españoles del medioevo a navegar una excepcional mezcla de culturas y religiones, a lo cual no estaban preparados para sobrellevar en esa época de la historia. De alguna manera, fueron capaces de adaptarse al desafío y generar una sociedad, no vista antes, donde coexistían las diferentes creencias religiosas y era posible un vital intercambio de ideas y conocimientos. Este intercambio, mediante el re-descubrimiento de la filosofía griega antigua combinada con la filosofía racionalista de la doctrina islámica, Mu‘tazila, engendró una nueva mentalidad que se extendió desafiando a sus propias creencias religiosas, estimulando en el siglo XII a los eruditos Maimónides y Averroes, judío y musulmán respectivamente, a examinar sus escrituras sagradas mediante la prueba de la razón humana y no solamente de la fe. Hasta ese momento, nunca nadie había hecho uso del intelecto y la razón humana para examinar textos sagrados. Si bien, esta convergencia de la razón y la fe marcó a las tres religiones tanto positiva como negativamente, ya que provocó cambios y desequilibrios que dejaron impresiones para la posteridad, también impulsó nuevos pensamientos científicos que terminaron transformando Europa en los siglos que siguieron (Lowney, 2005, 9).

A diferencia del resto de la Europa cristiana, donde el conflicto armado consumía la mayoría de recursos y la continuidad de la guerra representaba la identidad de cierta clase de la

población, el conflicto armado no cautivó tanto el deseo de Al-Andalus y su diversa población durante los siglos IX y X. Al-Andalus era un territorio extremadamente próspero más interesado en el comercio que en conflictos bélicos, donde sus habitantes, musulmanes, judíos y cristianos preferían pagar impuestos para sustentar una institución militar profesional desempeñada por mercenarios que luchar ellos mismos (Levering Lewis, 2008, 327). Si bien los conflictos armados existieron durante los siglos de la Convivencia en Al-Andalus, estos no eran una prioridad y esta podría ser una de las razones por las cuales, la cultura, el amor por los libros y la búsqueda del conocimiento tuvo tanto auge durante el Califato de Córdoba. Al estar liberados de tener que ir personalmente a la guerra y al poder vivir en comunidades multiculturales en relativa tranquilidad, sus recursos económicos se podrían destinar a explorar otros intereses e iniciativas de más influencia cultural y académica, como la enseñanza de ciencias y filosofía, de idiomas y la construcción de bibliotecas.

#### **d) Toledo y los cambios políticos en Al-Andalus**

Aunque existieron diversas iniciativas de traducción científica en otras ciudades de la Península Ibérica, tales como Tarazona y Barcelona, la ciudad de Toledo resalta como el principal centro de traducción por diferentes motivos: la continuidad de la labor traductora, empezada en el siglo XII por Raimundo de Toledo y continuada bajo el mando de Alfonso X en el siglo siguiente; el número de obras que se tradujeron, y la particularidad multicultural y políglota de esta ciudad. Después de la caída del Califato de Córdoba en 1031, este se desintegra y se establecen reinos independientes o taifas. La ciudad de Córdoba deja de ser el centro cultural y académico de Al-Andalus, y este se traslada a otros taifas, entre ellos Toledo. Su rey musulmán Al-Ma'mun impulsa la actividad académica en esta ciudad apoyando a eruditos en los campos de astronomía, botánica y medicina. Cuando el rey cristiano Alfonso VI toma Toledo en 1085, esta actividad intelectual y académica es acogida por el monarca castellano quien la apoya y la incrementa considerablemente (Salvador Miguel, 1992, 44). La ciudad de Toledo, por haber pasado de ser, primero, la capital y centro político visigodo, a la ocupación islámica, y nuevamente a manos cristianas, se terminó convirtiendo en un centro urbano extraordinario

por su población multicultural y multilingüe de alto conocimiento académico; una ciudad de no solo tres culturas sino cuatro: musulmana, judía, cristiana y mozárabe (Fundación Ignacio Larramendi, 2021). Si bien gran parte de la comunidad musulmana abandonó Toledo al ser conquistada por Alfonso VI, los cristianos, los judíos y sobre todo, los mozárabes, decidieron permanecer en la ciudad. Los mozárabes eran ciudadanos cristianos que vivían en territorio musulmán y por ello habían adoptado la cultura y las costumbres árabes, entre ellas la vestidura y el idioma. La población toledana de esta época comenzó a aumentar considerablemente debido a éxodos paulatinos, de mozárabes y judíos, provenientes de taifas del sur, huyendo primero de una nueva dinastía musulmana más estricta, los Almorávids. A su vez, cuando una nueva dinastía, los Almohades, logró tomar control de Al-Andalus en 1121, otro grupo mayor de judíos y mozárabes tomó refugio en Toledo. La intolerancia religiosa y el control extremo de esta nueva dinastía musulmana, incluso más ortodoxa que la anterior, obligó a los eruditos e intelectuales judíos y mozárabes andaluces al exilio, refugiándose en Toledo, donde todavía se preservaba una sociedad multicultural y multireligiosa (Brunett, 2001, 251). Este incremento de la población toledana no se debió únicamente a decisiones personales de emigrar, sino que también fue parte de un proceso de repoblación, implementado por Alfonso VI, al subir al trono, para sustituir la sociedad musulmana y afianzar la cristiandad en los nuevos territorios conquistados (Torija Rodríguez, 2019, 125). Con los anteriores éxodos de eruditos del Al-Andalus vinieron también un número significativo de manuscritos rescatados de ser quemados en la biblioteca de Córdoba en 1009, durante la *fitna* o ruptura de la comunidad islámica, que desencadenó la caída del Califato, primero, con una guerra civil y luego con la división de los territorios musulmanes en taifas independientes. Estos manuscritos rescatados, al venir en manos privadas de cristianos, judíos, mozárabes e incluso musulmanes, se encontraban dispersos en capillas, monasterios y casas privadas en Toledo, aumentando así el patrimonio intelectual y científico de la ciudad (Velez Leon, 2017, 566).

Los cristianos, al haber recuperado Toledo en 1085, se encontraron frente a un tesoro académico extraordinario en sus bibliotecas religiosas y privadas. La orden de Cluny, la encargada de restaurar el rito cristiano en Toledo tras su captura, finalmente logra conocer el fondo de manuscritos que solamente poseía la iglesia toledana mozárabe, parte del tesoro

catedralicio: un sin número de textos “bíblicos, jurídicos, litúrgicos patrísticos, literarios, gramaticales, astronómicos, matemáticos, musicales, pictóricos, decorativos, visigodos, hebreos, árabes, latinos, castellanos, italianos”(Velez Leon, 2017, 564). Esta colección de textos no estaba clasificada ni seguía ningún tipo de orden, sino que simplemente estaba guardada en el sagrario junto con las reliquias y donaciones. Este tesoro académico musulmán en las iglesias mozárabes era una fuente extraordinaria de conocimiento solamente accesible a los que sabían leer arabe (Velez Leon, 2017, 564). Es razonable que, ante esta situación, se impulsara la traducción a una lengua conocida por los cristianos, el latín. Por este motivo, la Europa cristiana medieval también se benefició enormemente de la labor de los traductores toledanos, ya que se hizo posible la difusión del conocimiento griego antiguo y el arabe, desconocido hasta ese momento por solo ser accesible en arabe, al ser traducido el latín. Explícito en el colofón de uno de los textos traducidos por Álvaro de Oviedo, se expresa la intención de los traductores de poder difundir estas obras por el resto de las escuelas europeas y no solo las castellanas (Torija Rodriguez, 2019, 185).

Una de las particularidades de Toledo que permitió la existencia del proyecto de la escuela de traductores, fue el sistema educativo de los mozárabes. Esta parte de la población, interesada en prosperar social y económicamente, reclamaba una educación para sus hijos que fuera completa, que enseñara a leer y a escribir no solo en latín sino también en arabe. Esta educación de alto nivel permitió que esta población fuera capaz de hablar arabe, romance y en algunos casos el latín. Si bien la educación en Toledo, como en el resto de Europa, estaba predominantemente regida por la iglesia y sus escuelas parroquiales, no todos los maestros eran clérigos y además existían otras opciones alternativas para la educación mozárabe. Una de ellas eran casas privadas de familias mozárabes, donde niños podían vivir y estudiar casi como hijos adoptivos. Niños y también niñas eran aceptadas en casas mozárabes, y algunos de los educadores no religiosos eran mujeres que recibían compensación por su trabajo educativo (Torija Rodriguez, 2019, 181-184). El hecho de que los mozárabes podían traducir del arabe al romance, los hizo imprescindibles para la labor de traducción junto con la población judía que también hablaba arabe.

Aunque Toledo no era la única ciudad en donde había una población culta que supiera arabe, romance y latin, era la primera que se había recuperado para los cristianos, donde se concentraba una extensa población políglota y multicultural que continuaba creciendo debido a los éxodos provenientes del sur y donde se encontraban la mayor cantidad de manuscritos (Fundación Ignacio Larramendi, 2021). Además, Toledo se había convertido en un centro eclesiástico de los obispos más influyentes de España, la orden de Cluny, cuyo apoyo y patrocinio fue crucial para la iniciativa de las traducciones toledanas. Este singular trasfondo académico, lingüístico y cultural hizo posible la existencia de un proyecto de tal magnitud como la escuela de traductores de Toledo.

## **2) Su funcionamiento y desarrollo**

### **a) Su estructura como institución**

En cuanto a la estructura concreta de esta institución, hay diversas teorías y explicaciones que son debatidas entre historiadores, e incluso algunos hasta llegan a cuestionar la existencia de la escuela como tal. La teoría considerada más viable que se basa en la evidencia existente, consiste en el uso de la definición, quizás no adecuada, de *“escuela”*. Uno de los primeros historiadores que menciona la actividad traductora en Toledo, Amable Jourdain en 1819, la describe en francés como *“collège”* (Salvador Miguel, 1992, 44; Velez Leon, 2017, 539). Si bien esta definición se puede reemplazar con el término *“escuela”* o *“colegio”*, estos dos términos no significan exactamente lo mismo. Mientras que los dos coinciden en definir un establecimiento en donde se ofrece enseñanza, *“colegio”* se refiere también a una asociación de personas de una misma profesión.

Aquí creo que radica la dificultad de encontrar evidencia suficiente para sostener la existencia de una institución formal como la que sería una escuela. Teniendo en cuenta esta aclaración podemos describir a la escuela o, mejor dicho, el colegio toledano como *“un movimiento libre de personas privadas interesadas en el progreso de las ciencias y apoyadas por diferentes mecenas”*, que comenzó de alguna manera con durante el arzobispado de Raimundo de Toledo y continuó por 150 años bajo otros patrocinadores (Torija Rodríguez, 2019, 184). El no poder definirla como una escuela se debe a que no hay evidencia de que haya sido estructurada

como tal, ni con reglas o normas que reglamenten la actividad académica, ni con maestros o programas de estudios establecidos. Más bien se trataba de traductores y eruditos que trabajaron en conjunto con el llamado patrocinio de los arzobispos de Toledo u otros mecenas y luego con el del rey Alfonso X, utilizando el material académico de sus excelentes bibliotecas (Salvador Miguel, 1992, 44). Sin embargo, otros historiadores consideran que los eruditos también participaban de discusiones académicas, de exposiciones y algunos de sus traductores, como Gerardo de Carmona, pudieron aprender arabe allí, ya que él no lo hablaba antes de llegar a Toledo (Moller, 2019, 147). Por esta razón, los términos *traductores toledanos* o *colegio de traductores* serían más apropiado de utilizar para referirse a esta institución, en vez de el término *escuela*. En cuanto a la ubicación física del colegio de traductores, no hay suficiente evidencia que especifique ningún lugar de trabajo; solamente dos instancias en documentos del Archivo de la Catedral de Toledo mencionan a “*Maestro Gerardo*” firmados por el clérigo Domingo Gundisalvo, quien trabajó en la catedral. Otra instancia es una referencia a la Capilla de Santa Trinidad por Jeronimo Monetarius, un monasterio al lado de la Catedral, donde Herman el alemán utilizó como lugar para traducir *Comentario Medio* de Averroes al latín (Menendez Pidal, 1951, 364; Velez Leon, 2017, 563). Considerando que los manuscritos hasta el siglo XII residían en diversos lugares de la ciudad, como se mencionó anteriormente, es posible que los traductores trabajaran en distintos lugares, como capillas o monasterios (Velez Leon, 2017, 564). Aunque no hay evidencia que lo confirme, se considera que, por la magnitud de la labor de esta institución, existía un lugar físico central donde se llevaba a cabo la mayoría de la tarea o donde se mantenían los textos y sus traducciones, junto con los otros materiales necesarios para la escritura (Moller, 2019, 142). Resulta difícil describir la estructura y el funcionamiento de una institución de esta índole, ya que no se han encontrado evidencias concretas. Lo que sí se sabe es que existía en Toledo una activa atmósfera de labor intelectual y académica, fomentando infinidad de trabajos y discusiones filosóficas y científicas, resultando en una colección de traducciones y originales, que llegaron a la Europa cristiana y hasta nuestros días (Velez Leon, 2017, 567).

Como parte de la estructura se debería incluir la financiación de las traducciones y la compensación monetaria a los traductores. Con respecto a esto también existen diferentes



teorías basadas en las pocas evidencias existentes; unas que cuestionan el patrocinio de la iglesia y otras que lo sostienen. El catedrático Anthony Pym sostiene que la labor de traducción se llevó a cabo durante un tiempo bajo el patronazgo oficial de la iglesia toledana. Evidencia de esto es el prólogo de la traducción del texto *De Anima* de Avicena dedicado al arzobispo de Toledo, aunque no sea claro si es Raimundo o Juan, lo que prueba es que que la labor traductora era una actividad continuamente financiada por la iglesia (Pym, 2019, 2). Uno de sus más prolíficos traductores, Gerardo de Carmona se convirtió en clérigo de la Catedral y eso lo pondría en su nómina bajo el mando del arzobispo Juan de Toledo. Aunque sin evidencia específica, este podría haber estado libre de otras tareas para dedicarse exclusivamente a la traducción (Moller, 2019, 140). Antes del patrocinio del rey Alfonso X, se puede considerar que estaban financiados por varios benefactores, entre ellos los arzobispos toledanos, aunque no existiera una estructura o jerarquía, ni norma de funcionamiento. El hecho de que la mayoría de los traductores fueran eclesiásticos no necesariamente significa que el arzobispo reglamentara u organizara la labor traductora, pero sí se podría teorizar que eran compensados por su trabajo clerical o de escriba, que incluiría las traducciones. Considerando que el copiado de manuscritos y la ocupación de la escritura en latín han sido históricamente el dominio de la iglesia cristiana y sus monasterios, se podría deducir que la traducción sería parte de la labor financiada por el arzobispado. Si bien no existe evidencia específica de un patronazgo eclesiástico de manera oficial, lo que existe es evidencia de una ciudad y su cabildo con suficientes recursos para fomentar y patrocinar iniciativas de esta índole mediante beneficios financieros otorgados a sus participantes, ya sea traductores o eruditos. Ya que esta orden estaba integralmente involucrada en la ciudad con eclesiásticos ocupando altos cargos en el cabildo, estos incentivos económicos para académicos diferenciaría a esta orden con respecto a otras congregaciones, motivando a académicos europeos a viajar a Toledo (Velez Leon, 2017, 566; Torija Rodriguez, 2019, 144).

El historiador Pym propone otra explicación acerca de la falta de evidencia documentada sobre los traductores toledanos con respecto a los traductores extranjeros. Podría ser que aunque la mayoría de los traductores españoles eran religiosos y compensados por sus obligaciones clericales, mientras que los traductores extranjeros, al no tener fuente de ingresos,

venderían sus servicios a estudiantes y a administradores o tomarían comisiones, creando un conflicto con la catedral con respecto al control sobre el uso del latín (Pym, 1994, 6-7). Una posible explicación podría ser que al no documentar el financiamiento de muchos de estos traductores extranjeros, este conflicto pasara desapercibido permitiendo llevar a cabo la labor extraordinaria de los traductores toledanos sin interferencia alguna.

Si bien no existe mucha evidencia que documente sobre la estructura y funcionamiento de esta entidad, si se encuentra información sobre muchos de los traductores y eruditos, ya que se conoce su identidad y algunos de sus manuscritos originales todavía existen. Se puede distinguir tres periodos de funcionamiento de los traductores toledanos: primero el período raimundino o durante el arzobispado de Raimundo de Toledo, que empezaría en 1143, donde Gerardo de Cremona, Johannes Hispalensis, Ibn Daud, Domingo Gundisalvo y Maestro Juan fueron los traductores más destacados. Un periodo de transición desde 1209 a 1247, de menor actividad, bajo el apoyo del arzobispo Jimenez de Rada, durante el cual vinieron numerosos traductores extranjeros, destacándose Michael Scott, Alemannus Hermannus, Marcos de Toledo y Alfredo de Sareshel. Finalmente, el tercer y más importante periodo bajo la dirección de Alfonso X, desde 1252 hasta 1284, donde se puede resaltar la labor de Yehuda Ben Moses ha-Kohen, Alvarus Toletanus, Pedro Gallego, Rabbi Ishaq ben Sid, Abraham ibn Waqar y Antonio Andres (Fundación Ignacio Larramendi, 2021).

## **b) El proceso de selección y traducción de los textos**

El proceso de traducción utilizado en Toledo comprendía varios pasos a seguir, y a su vez incluía varios colaboradores. Durante todo el periodo de funcionamiento del colegio de traductores, desde Raimundo hasta Alfonso X, el proceso comprendía por lo menos dos personas, una erudita en la lengua original y la otra en la lengua a traducir, mientras que ambos hablaban la lengua romance. Los textos originales se traducían oralmente del árabe a la lengua romance y a su vez, se volvía a traducir para finalmente escribir esa versión en latín (Menendez Pidal, 1951, 365-6; Maataoui, 2006, 8-11; Pym, 1994, 3). Para que este proceso funcione, era

necesario contar con todas las partes indispensables, es decir los eruditos que hablaran los tres idiomas indispensables, entre ellos los mozárabes y judíos que podían leer árabe y a la vez hablaban romance, y los traductores eruditos que supieran romance y escribir latín. El idioma clave de conexión entre el árabe y el latín era el romance *“el lenguaje de Toledo”* como lo observó Daniel de Morley, filósofo y astrónomo inglés que viajó específicamente a Toledo para profundizar sus estudios académicos (Pym, 1994, 4; Velez Leon, 2017, 550). Esta lengua romance, o latín vulgar, era el idioma oral popular hablado en las calles de Toledo por toda la población, y el que más tarde se convertiría en el castellano debido a la intervención activa de Alfonso X. Lo que cambió durante el periodo de este monarca, fue la transcripción escrita del romance. Hasta ese momento, cuando el erudito leía el texto árabe y lo traducía palabra por palabra oralmente al romance, un erudito transcribía lo que oía traduciéndolo al latín. El romance solo servía de vehículo oral entre el árabe y el latín. Alfonso X decidió que un copista transcribiera lo que se decía oralmente, que era en romance, o castellano, y finalmente se terminó abandonando el paso de traducir al latín casi en su totalidad (Menendez Pidal, 1951, 366).

El proceso de traducción fue, en su mayor parte, de carácter literal, es decir palabra por palabra. Esta metodología elegida se debía a diferentes razones, primero, a la falta de terminología específica en el léxico del idioma al cual se traducía, al castellano y latín; segundo, a la intención de no interpretar sino simplemente transmitir conocimiento complejo o innovador que los mismos traductores no siempre comprendían; y por último, como una manera de protección de las autoridades (Pym, 1994, 8). Literalismo fue un método sencillo de producir terminología no existente pero necesaria para describir pasajes escritos en árabe. Según algunos traductores toledanos, incluido Gerardo de Carmona, el latín era un idioma inferior para la ciencia, que junto con los conceptos o teorías innovadoras que estaban traduciendo, se hizo necesario crear nuevos términos para ayudar al entendimiento posterior de los textos (Pym, 1994, 7). Además de la deficiencia léxica del latín, la interpretación literal era la norma de la iglesia cristiana hacia sus propias interpretaciones de textos sagrados, limitando la posibilidad de desviaciones y restringiendo el conocimiento tanto religioso como académico. Esta interpretación literal se termina transfiriendo de textos sagrados a traducciones

de tratados científicos y filosóficos laicos, legitimando la obra de los traductores toledanos ante la iglesia cristiana. Esta modalidad no siempre es la más apropiada para la traducción, ya que en el caso de las traducciones toledanas del siglo XII, la información original pasaba por varios idiomas, griego, arabe y romance hasta llegar al latín y esto podría producir errores y deficiencias en la traducción. Si bien la traducción literal podría llegar a funcionar relativamente bien en idiomas que son cercanos en términos de léxico y gramática, esto no es el caso del arabe y el latín. Estos dos idiomas tienen estructuras gramaticales y morfológicas extremadamente diferentes, y considerando que el romance oral se usaba de intermediario aunque todavía no estaba estandarizado, este proceso resulta conceptualmente de una complejidad extrema. Sin embargo, hay que agregar a esta complejidad el hecho que algunos textos árabes fueron originalmente traducidos, a su vez, del griego a través del sirio. (Pym, 1994, 8). Considerando todas las fases y los elementos de este proceso, uno se podría preguntar si el conocimiento traducido durante la escuela toledana se asemeja algo al original o simplemente mantiene el concepto académico en general.

Aunque no óptimo, el literalismo fue usado, en su mayor parte, por otra razón, como lenguaje específico traduccional de autoprotección de las autoridades religiosas y legales. Muchos de los eruditos trabajando en las traducciones en Toledo eran, a su vez, autores de tratados académicos y el lenguaje que utilizaban para sus propios tratados se distingue del usado para las traducciones. Es importante hacer la aclaración de que aquí hablamos de dos clases de autoridades, la del autor de texto a traducir y la de la iglesia o la del rey. Usar el literalismo y el lenguaje traduccional era una manera de proteger las palabras del autor, la autoridad del texto de origen, poniendo al traductor en un lugar subordinado al autor. De este modo, el traductor estaba protegido y no era personalmente responsable del contenido transgresor o controversial de la traducción, ya que eran las palabras del autor y no las suyas. Sin embargo, existen evidencias de que esta técnica era algunas veces usada como pseudo traducciones para poder exponer las propias ideas y conceptos del traductor que era controversiales para la época. Existen numerosas obras que son notablemente extensas, que solo se conservan en latín y cuyos originales en griego o arabe se han perdido. Uno de los traductores toledanos, Adelardus de Bath, reconoció que camufló muchas de sus opiniones

personales dentro su traducciones (Pym, 1994, 8-9).

La investigación, especialmente de carácter científico, es una disciplina que implica colaboración, así sea debatiendo ideas con otros científicos o mediante consulta de trabajos previos, pero para eso ocurra es imprescindible primero la transmisión de teorías. Para que los conocimientos médicos de Galeno llegaran a nuestros días, fue necesario preservar y transmitir sus tratados, mientras que parte de su obra consiste, a su vez, de comentarios sobre el erudito Hipócrates e incluso se la considera como una consolidación de la filosofía aristotélica con conceptos médicos (Moller, 2019, 37-40). La manera de cómo se transmitían los conocimientos académicos era variada: por medio de traducciones literales al castellano y después al latín, a algunas de estas traducciones se le agregaban comentarios de eruditos para explicar o simplificar pasajes y conceptos complejos y en otras circunstancias, por medio de tratados originales basados en teorías de otros eruditos. Un ejemplo de esto último son las teorías aristotélicas y tratados de Galeno que fueron interpretadas por Averroes a través de sus propios tratados, también traducidos del árabe (Fundación Ignacio Larramendi, 2021).

Para entender la extensión y las disciplinas del material académico que se tradujo en Toledo en el siglo XII, se puede considerar los siguientes porcentajes: 47% de las obras eran sobre matemáticas, astronomía y astrología, 21% de filosofía, 20% de medicina, 4% de alquimia y geomancia y el resto, obras de física y religión (Velez Leon, 2017, 571). De la manera en que se seleccionaban los textos a traducir, se considera que una selección era imprescindible aunque compleja debido a la gran cantidad de manuscritos académicos existentes. Según los ayudantes de Gerardo de Cremona, el erudito italiano elegía los textos a traducir de acuerdo a sus intereses, aunque también se los puede considerar como una colección de libros de textos basados en el plan de estudios académicos, que los árabes adoptaron de los antiguos griegos (Moller, 2019, 135).

### **c) El Aporte Árabe-Judío al Conocimiento Académico**

El aporte de los árabes y judíos a la labor de las traducciones toledanas debe ser examinado

más detalladamente para no restringir su rol solamente a la función de traducción. Los manuscritos que se tradujeron durante los siglos XII y XIII incluyen una extensa y diversa lista de antiguos griegos y, asimismo, un número amplio de autores árabes y judíos. Pensadores y científicos antiguos griegos como Aristóteles, Arquímedes, Euclides, Galeno, Hipócrates, Platón y Ptolomeo, entre otros, tuvieron predominancia en el material académico a traducir, sin embargo gran parte de estas obras contenían comentarios de académicos árabes y judíos que las hicieron más accesibles al otorgarles más facilidad de comprensión. No obstante, la contribución arabe-judía fue mucho más compleja y más significativa para el desarrollo del conocimiento. El trayecto de la transmisión del conocimiento filosófico y científico no es siempre lineal y directo. El conocimiento académico evoluciona y se expande mediante la asimilación de ideas y teorías anteriores, que a su vez se transforman en nuevas posturas académicas. Anteriormente, durante el siglo IX en Bagdad, antiguos manuscritos de pensadores griegos fueron traducidos al árabe, en la Casa de la Sabiduría, junto a otros textos científicos originarios de India y Persia. La postura filosófica racionalista, que existía en el Califato de Bagdad bajo la nueva dinastía Abasí, no concebía “*el trabajo de Dios y la palabra de Dios*” como un conflicto, permitiendo libremente la búsqueda del conocimiento sin estar en contra de los mandatos religiosos, ya que las ideas sobre el bien y el mal se consideraban independientes de la lógica (Menocal, 2002, 11). Esta postura filosófica *Mu'tazila* influyó en la iniciativa musulmana de traducir manuscritos griegos al árabe e implicó una actitud abierta a la integración y asimilación de la influencia entre el saber antiguo extranjero y el arabe-judio, produciendo nuevos eruditos y filósofos. Este patrimonio académico del mundo árabe, basado mayoritariamente en el griego, influyó en el conocimiento científico de los eruditos árabes de la época que, a su vez, de manera académica, fusionaron estas nuevas ideas y conceptos académicos junto con sus propias ideas creando nuevos campos científicos. Por este motivo, en Toledo no solamente se traducían tratados académicos de conocimiento antiguo sino también se producía conocimiento propio (Vélez León, 2017, 556). Existe un gran número de ejemplos de esta fusión académica traducidos en Toledo, siendo algunos contemporáneos y originarios de Al-Andalus y otros, anteriores y provenientes del Medio Oriente. Entre estos últimos, se destaca Al-Kindi, llamado el primer filósofo del islam, de papel destacado durante la Casa de la Sabiduría

de Bagdad y, luego, Averroes, Avicena y Maimónides en la península Ibérica en los dos siglos siguientes. El *Tratado sobre Intellecto* de Al-Kindi, como interpretación y compilación que armoniza filosofía griega con ley islámica, se puede considerar como base original que alimentó, y también alteró la Europa cristiana de ideas neoplatónicas y aristotélicas en el siglo XIII (Levering Lewis, 2008, 368).

Uno de estos filósofos andaluces más significativos, cuya obra fue traducida en Toledo, fue el musulmán Averroes (Ibn Rushd), conocido como el “*Comentador*” por su contribución al entendimiento de la obra filosófica de Aristóteles. Además de elaborar su propia filosofía, su obra con comentarios fue tan exhaustiva que se considera que la filosofía de Aristóteles fue conocida en Europa a través de él, ya que alumnos de la Universidad de París utilizarían sus comentarios para estudiar a Aristóteles e incluso fue citado extensamente por Tomás Aquinas, entre otros filósofos cristianos (Lowney, 2005, 172). Aunque su obra fue prohibida en París por controversial y herética por el papa Juan XXI, su obra filosófica fue tan valiosa y trascendental que terminó volviendo a ser estudiada poco después y teniendo una extensa influencia en el pensamiento europeo del medioevo, aunque a menudo con escepticismo (Fundación Ignacio Larramendi, 2021).

Otro aporte musulmán trascendental fue el de Avicenna (Ibn Sina), médico, científico y filósofo persa que, aunque nunca estuvo en la Península Ibérica, su magnífica y extensa obra traducida del árabe en Toledo se convirtió en estándar e indispensable en las escuelas de medicina europeas y asiáticas hasta el siglo XVIII. Entre ellas, *El canon de medicina* considerado un resumen de todo el conocimiento médico griego, especialmente Galeno e Hipócrates, y árabe explicado de una manera racional y coherente (Levering Lewis, 2008, 369). Otro ejemplo de aporte musulmán fue el astrónomo toledano Azargüel (al-Zarqiyal), quien elaboró las tablas astronómicas *Tablas toledanas* que configuró el desarrollo de la astronomía hispana, siendo más tarde actualizadas con algunas correcciones por Alfonso X, a su vez junto con dos colaboradores judíos Jehuda ben Mose ben Mosca ha-Cohen e Isaac ben Sid, (llamado Rabí Caç de Toledo), en sus *Tablas Alfonsinas* para transformarse en las tablas más utilizadas, incluso por Copérnico, durante cuatro siglos (Salvador Miguel, 1992, 13).

En cuanto al aporte más importante de conocimiento judío se encuentra el filósofo, astrónomo y médico Maimónides o Musa ibn Maymun, un judío sefardí arabizado que tuvo que abandonar Córdoba de joven debido a la política intransigente de los Almohades. Su obra filosófica, que junto con la de Averroes tuvieron inmensa influencia en la Europa cristiana casi más que en sus propias religiones, tienen en común la defensa de la libertad humana y la noción que, entre la razón y la fe, ninguna debe tener prioridad sino existir en armonía. En su exilio de Córdoba, Maimonides terminó convirtiéndose en un líder y figura venerada de la comunidad judía en Egipto y en la historia judía se lo menciona como el “*segundo Moisés*”. Su vínculo lingüístico con Córdoba se percibió en toda su obra magnífica que fue escrita enteramente en árabe con excepción del tratado *Segunda Ley* sobre la ley judía (Menocal, 2002, 210). Las obras de estos dos andaluces, uno judío y el otro musulmán, provocaron conmoción en el París intelectual y cristiano del siglo XIII por su filosofía que mostraba la larga tradición aristotélica en el mundo árabe, tradición filosófica que eventualmente el mundo cristiano tendría que aceptar para conseguir mantener su integridad (Menocal, 2002, 213).

#### **d) El rol de la iglesia cristiana en su creación**

El rol de la iglesia cristiana en las traducciones toledanas no es solamente complejo y difícil de definir. La dificultad consiste en que al no existir suficiente documentación sobre el funcionamiento del colegio de traductores toledanos, definir el rol de la iglesia cristiana en España, con respecto a la iniciativa de traducir obras científicas, es más bien de una naturaleza especulativa. No parece haber existido a un rol a nivel institucional muy extenso, o por lo menos no existe documentación al respecto, sino que de una manera más bien específica, algunos arzobispos, por ser eruditos y estar apasionados por el conocimiento, impulsaron y patrocinaron la iniciativa de las traducciones. Sin embargo, una orden de origen francés que sí tuvo mucha influencia en España y especialmente en Toledo, fue la orden de Cluny. Los arzobispos de Toledo durante la primera época del funcionamiento de la escuela pertenecieron a esta orden, habiendo llegado de Francia, de donde eran originarios. Esta orden de Cluny es lo más próximo a un apoyo institucional eclesiástico, ya que una actividad académica de tal magnitud no podría



haberse llevado a cabo sin apoyo de la catedral y el arzobispado. La evidencia del apoyo de la iglesia cristiana empezaría con el acceso a los manuscritos que solo podían existir en las bibliotecas de la catedral y monasterios, siguiendo con la actitud abierta a la enseñanza del conocimiento académico de esta orden francesa y finalizando con la intención de esta orden de recuperar el control eclesiástico en Toledo.

La llegada de los francos y la orden de Cluny se debió al proceso de repoblación de los territorios toledanos que Alfonso VI implementó después de subir al trono, con el propósito de sustituir la sociedad musulmana y afianzar la cristiandad en los nuevos territorios conquistados por su padre. Entre los grupos étnicos y religiosos que se trajeron fueron los mozárabes del sur, los cristianos del norte español y los francos del norte de los Pirineos (Torija Rodríguez, 2019, 125, 140). Incluido en este proceso de repoblación estaba la reimplantación de la iglesia toledana con eclesiásticos francos de la orden de Cluny. Esta población franca ya estaba de alguna manera asentada en España, ya que existían burgos de francos en Castilla y León y en el Camino de Santiago. El motivo de la “importación” de este grupo extranjero fue la existencia de lazos familiares y religiosos de Alfonso VI con los francos y con la orden de Cluny, que facilitaba la integración con el resto de Europa y el Vaticano.

Este grupo de francos venían con ideas intelectuales progresistas y con intenciones de cubrir altos puestos, reformar la iglesia del rito mozárabe y tener acceso a negocios y al conocimiento académico y científico existente en sus bibliotecas. La importancia de la orden franca cluniacense, en lo que respecta a lo académico y artístico en Toledo, fue invaluable para la labor traductora, ya que hasta que Alfonso X decidió dedicarse personalmente a ella, los francos eran los que ocupaban muchos cargos administrativos en la catedral y el cabildo, sin olvidar el siglo de arzobispos francos-toledanos que empezó con Bernardo de Toledo (Torija Rodríguez, 2019, 144). La orden de Cluny, fundada en el año 910, se había convertido en una de las más grandes e influyentes de las órdenes cristianas, con numerosos monasterios e iglesias y era la encargada de la reforma al rito romano en los territorios recuperados a los musulmanes. Sin embargo, también había estado focalizando progresivamente sus esfuerzos en la enseñanza del conocimiento académico (Menocal, 2002, 174).

Para entender la postura hacia el conocimiento académico de la orden de Cluny hay que conocer quién estaba detrás. Pedro el Vulnerable, el extraordinario y poderoso abad de la orden, había dado asilo a Pedro Abelard, previamente el maestro más reconocido de la futura universidad de París por su metodología y su temática a enseñar, quien por su pensamiento filosófico demasiado iluminado para ser aceptado por la iglesia, fue condenado por herejía en Roma y encontró refugio en Cluny (Menocal, 2002, 175-76). Con esto se puede deducir que si bien esta orden era relativamente nueva y poderosa, era progresista con respecto al conocimiento y su difusión. Este abad de Cluny, Pedro el Vulnerable, viajó a España en 1142 a ordenar la primera traducción al latín de numerosos textos musulmanes, incluyendo el Corán, con la intención de entender mejor la religión musulmana y a sus seguidores, por medio de sus propias fuentes, para poder argumentar en contra de esta como herejía de la fe cristiana (Torija Rodríguez, 2019, 184).

El abad Pedro podría haber sido uno de los primeros eruditos eclesiásticos en estar interesado en conocer seriamente sobre la cultura musulmana, ya que consideraba a los académicos árabes como *“hombres inteligentes y eruditos cuyas bibliotecas están llenas de libros que tratan de las artes liberales y el estudio de la naturaleza, y los cristianos han ido en su búsqueda”* (Moller, 2019, 144). Si bien el viaje a España de Pedro el Vulnerable no se lo relacionaría directamente con las posteriores traducciones, este podría haber sido el primer nexo entre la iglesia y las traducciones toledanas, ya que sería la primera evidencia de financiación en España, por medio de la orden de Cluny, de un equipo de traducción dedicado a un proyecto específico para el beneficio de la orden. Según el historiador Anthony Pym, Pedro el Vulnerable se reunió con Raimundo de Toledo en Salamanca y de este encuentro podría haber salido la idea de Raimundo de extender la iniciativa de patrocinar más traducciones. Ya que las traducciones toledanas se continuaron por más de un siglo, bajo otros arzobispos toledanos, todos pertenecientes a esta orden, Pedro de Cluny podría haber introducido algún mecanismo de patronaje para la labor de los traductores (Pym, 1994, 10-11).

Si bien se considera al arzobispo Raimundo como fundador de la iniciativa de las traducciones toledanas porque se inició durante su arzobispado y continuó su labor por los

siguientes 150 años, existen versiones historiográficas que indican que otros arzobispos toledanos han sido tan importantes como Raimundo en cuanto al patronazgo de las traducciones, entre ellos Juan y Rodrigo Jimenez (Gargatagli, 1999, 11).

### **e) El role del rey Alfonso X en su expansión y desarrollo**

Es imprescindible destacar el rol del rey Alfonso X de Castilla en el desarrollo y expansión de la labor de los traductores de Toledo, pero fundamentalmente en la transformación que tuvo lugar en cuanto a la metodología de traducción. Su contribución al funcionamiento y participación personal en el proceso de traducción, dejó una huella profunda y primordial en la historia, no solo por la trascendencia de los textos traducidos, sino también por el impacto en la España misma y la creación de una nueva lengua de cultura, el castellano.

En 1252 Alfonso X subió al trono de Castilla, después de que su padre unificó Castilla y Aragón, pudo conquistar el valle del Guadalquivir y recuperar Córdoba, Sevilla y otros pequeños pueblos andaluces donde la población musulmana había aprendido a vivir bajo dominio cristiano. Al poco tiempo inicia su liderazgo del grupo toledano de traducciones, que venía funcionando, bajo el patrocinio del arzobispado, por más de un siglo, si bien durante mediados del siglo XIII hubo un periodo de menor actividad, donde los eruditos judío y árabes lograron mantenerlo vivo (Martinez, 2018, 13).

Alfonso X fue un monarca muy avanzado intelectualmente para su época. Su concepto del poder monárquico autónomo y laico estaba basado en las ideas aristotélicas y gibelinas que declaraban que el poder pasaba de Dios directamente al rey, sin intervención del Papado. Esta convicción vanguardista hizo posible su actitud hacia la necesidad de una cultura y educación laica que estuviera focalizada en ciencia natural secular aristotélica y sin la restricción de la educación cristiana que existía en el resto de Europa. Su obra laica estaba posicionada entre dos culturas, originándose en la islámica para integrarse y propagarse en España y la Europa cristiana. Era también de su conocimiento que los árabes poseían información científica mucho más avanzada con respecto a la producción de papel y libros y de cómo traducir manuscritos

clásicos (Martinez, 2018, 10).

Este monarca, intelectual y científico apasionado y amante de la búsqueda del saber, quiso mantener la independencia de su reinado con respecto a la iglesia e hizo inicialmente el intento fracasado de fundar en Sevilla un centro de estudios árabes y latinos, que no llegó a realizarse debido a la competencia que ejercía Toledo y sus mecenas, los arzobispos toledanos. Su intención era establecer y controlar una institución de aprendizaje con su marca personal y así quizás desplazar a la escuela de Toledo del primer plano internacional, por estar apoyada por la iglesia (Menocal, 2002, 223; Pym, 2019, 9).

Su motivación personal de la búsqueda del saber lo llevó finalmente a tomar las riendas de las traducciones toledanas, no solo como mecenas y promotor de la investigación científica, sino que colaboró personalmente en las investigaciones, la verificación de sus resultados y participó en discusiones y traducciones de numerosos textos. Además de supervisar, corregir las traducciones y escribir los prólogos a los textos, su pasión por la labor académica fue tan intensa que incluso participaba en los detalles gráficos, como la elección de los colores de las tintas y la creación de los bocetos de las ilustraciones. Este monarca, según lo describieron sus colaboradores, llegó a sobrepasar a cualquier otro rey u hombre de conocimiento en cuanto a su contribución por el saber (Martinez, 2018, 5). La intervención de Alfonso X en la labor intelectual y académica toledana fue extraordinariamente extensa, ya que él mismo produjo sus propios textos y tratados sobre campos variados, entre ellos literatura, derecho, historia, arte y por supuesto, ciencia. Su rol ha sido tan esencial y prolifero que sus producciones forman parte de lo denominado la obra alfonsina. Esta obra se la considera la fundación de la cultura española y fue, de cierta manera, una genuina edad de oro por su alcance y su trascendencia (Martinez, 2018, 7; Perez, 2021).

Más allá del extenso alcance de su obra alfonsina, el patrimonio más significativo y con más trascendencia histórica de Alfonso X fue la decisión de transformar la metodología de las traducciones, la cual contribuyó a establecer el castellano como lengua de cultura. Por más de 100 años en Toledo, manuscritos científicos griegos y árabes estaban siendo traducidos del árabe al latín, pasando por el latín vulgar o romance. La mentalidad progresista de Alfonso X le

llevó a decidir el castellano como lenguaje final para sus traducciones (Martinez, 2018, 10; Menocal, 2002, 224). Este rey apreciaba la educación, la búsqueda del saber y consideraba que el aporte de la ciencia y la filosofía era necesario para conseguir un nivel de educación más elevado para su población. El rey quiso educar a sus súbditos y que el tesoro de conocimiento, que tenía en sus manos, fuera accesible a todos y no solamente a eruditos o la minoría adinerada que sabía latín. Este fue uno de los motivos por el cual decidió que las traducciones se hicieran al idioma romance que se hablaba en Castilla, el que terminó siendo denominado castellano (Martinez, 2018, 4). Cuando Alfonso X ordenó traducir el primer manuscrito académico en castellano, *Lapidario*, directamente al castellano y no al latín, explicó en su prólogo las razones de tal decisión: en romance original declara que *“trasladar de arauigo en lenguaie castellano porque los omnes lo entiendiesen mejor et se sopiessen del mas aprovechar”, “traducir del arabe al lenguaje castellano para que los hombres lo entendiesen mejor y supieran sacarle provecho”* (Pharies, 2007, 49). Aunque el proceso de traducción, antes de Alfonso X, utilizaba el romance como paso intermedio de información, del árabe al latín, este idioma oral de traspaso no estaba establecido formalmente como lengua escrita o estándar.

Alfonso X, en su rol de editor, además de corregir las traducciones por el contenido innecesario o estilísticamente redundante, participó activamente en la configuración del castellano, ordenando una revisión de la ortografía, arreglando los errores gramaticales y asegurándose de que estén escritos en “castellano drecho” o correcto castellano. El “castellano drecho” estaba siendo establecido como una versión más estándar con una ortografía específica, entre ellas la implementación de la letra “ñ”, una sintaxis más elaborada y un léxico más desarrollado para poder describir enunciados científicos y filosóficos (Pharies, 2007, 49). En su deseo de educar a su pueblo, Alfonso X fue uno de los primeros reyes europeos en establecer una lengua común para todo su territorio, en vez del latín, solamente sabido por administrativos o el clero, y a su vez, quitando el dominio de este sector de la sociedad sobre la palabra escrita y el control del de los asuntos de estado (Lowney, 2005, 214).

Con respecto a la metodología de trabajo, cabe destacar su rigurosidad para la organización de los textos ya traducidos, especificando que se organicen en capítulos con un

índice de los mismos al principio del libro, con la intención de facilitar el acceso a la información a toda su población (Martinez, 2018, 6).

#### **f) Los motivos y las necesidades detrás de su creación y expansión**

La motivación de impulsar y patrocinar un proyecto de esta magnitud, primero por parte de los arzobispos toledanos y luego por el rey castellano Alfonso X, obedecería a necesidades y circunstancias distintas. Descontando la motivación por el placer de conocimiento y la búsqueda de saber que compartirían todos los involucrados en el proyecto, incluyendo los patrocinadores, se puede deducir propósitos diferentes. Tomando en cuenta que existieron dos periodos diferenciados donde el producto final no era el mismo, en el primero se traducían al latín, y en el segundo, al castellano, se puede plantear necesidades y motivos distintos. Desde este ángulo más específico, la traducción final, se puede teorizar que las necesidades de los clérigos toledanos pudieron ser religiosas, al querer recuperar el dominio eclesiástico en los territorios recobrados de los musulmanes mediante la restauración del latín; y para Alfonso X, políticas, ya que era un rey cristiano que necesitaba unificar lingüísticamente su territorio conquistado a los musulmanes.

Después de la conquista del taifa de Toledo por Alfonso VI, la orden de Cluny estuvo encargada de reimplantar el rito romano en latín, en los territorios conquistados donde la iglesia cristiana sobrevivió bajo el dominio musulmán. Como bien observó anteriormente Alvaro de Córdoba, el fenómeno perturbador que se vivía en Al-Andalus ya desde siglo IX, era la arabización de los jóvenes y eruditos cristianos, los denominados mozárabes, que adoptaron las costumbres y el idioma árabe, estudiaban libros árabes, y veían la literatura cristiana como de menor valor (Levering Lewis, 2008, 318; Menocal, 2002, 66). Entre esas costumbres árabes adoptadas por los mozárabes, que era la comunidad más grande en Toledo, fue el uso del idioma árabe, en vez del latín, como idioma legal y litúrgico, ya se usaba en documentos por escribanos conocedores del árabe y para la ceremonia de la misa cristiana (Torija Rodríguez, 2019, 142). Por tres siglos, los mozárabes habían sido capaces de preservar el rito cristiano en árabe, pero por haber estado aislado, lingüísticamente y culturalmente, del resto del mundo cristiano, se había convertido en el más antiguo de toda la cristiandad.

La orden de Cluny en Toledo, la sede arzobispal de la iglesia, buscaba actualizar y globalizar la liturgia, la forma en que se conducían las misas y el rezo, en la cristiandad occidental y para ello era necesario volver a la lengua original, el latín (Menocal, 2002, 178). La orden de Cluny había sido implantada por Alfonso VI en Toledo como parte del proceso de repoblación de la sociedad para sustituir a la musulmana y, si bien su principal papel era restaurar el rito en latín y lograr la hegemonía cristiana en esta región, terminó teniendo otra trascendencia histórica. Pedro el Venerable, abad de Cluny, al ser uno de los primeros en pedir una traducción al latín de textos musulmanes en árabe, entre ellos el Corán, habría sido el que inició la idea de labor de traducción en Toledo. Si bien el motivo original del abad había sido refutar el islam para luchar contra la herejía, el proyecto reflejaba la profundidad de su enfoque intelectual, al utilizar las fuentes originales, en este caso los propios textos musulmanes, para encontrar la evidencia que cuestionara la doctrina islámica como hereje (Torija Rodríguez, 2019, 184). Este enfoque intelectual sería el que prevalece en los futuros patrocinadores de las traducciones que pertenecían a la orden, entre ellos, el arzobispo Raimundo y Juan de Segovia. Esta actitud abierta hacia el conocimiento podría explicar la motivación de comenzar un proyecto de traducciones al latín de manuscritos filosóficos y científicos de los antiguos griegos y árabes. Al abrir el acceso al conocimiento existente en Al-Andalus a la Europa cristiana en la lengua oficial de la iglesia cristiana, la orden de Cluny, conseguiría retomar el control del saber filosófico, científico y la enseñanza académica, quitándoselo así a los musulmanes y a los mozárabes, además de afianzar el uso del latín como idioma erudito, que se estaba perdiendo en esta región. El arzobispo Raimundo, en su motivación de expandir la autoridad de la iglesia, fomentó la labor traductora en Toledo con *“la finalidad de combatir el Islam en el plano de las ideas mandando traducir sus ideas”* (Maataoui, 2006). Empezando con Pedro el Venerable y continuando con Raimundo, el propósito de la orden de Cluny, de acceder al conocimiento griego y árabe traducido al latín, habría sido una estrategia de conquista intelectual contra el islam y su hegemonía sobre el conocimiento filosófico y científico (Pym, 1994, 11-12).

En cuanto a la motivación de Alfonso X de liderar y expandir la labor de los traductores, se puede deducir que, además del amor al saber, fue de una índole política. La

decisión de utilizar el castellano como lengua final de las traducciones toledanas fue motivada por la necesidad de establecer un idioma unificador en Castilla. En una comunidad políglota y multicultural de mozárabes, musulmanes, judíos y cristianos, era conveniente encontrar un idioma que fuera común a todos y, considerando las situación política y social del momento, que no destacara a ningún grupo en particular. Los otros idiomas tenían una connotación cultural, étnica y religiosa muy profunda para ser neutrales e unificadores como una lengua franca. El latín se consideraba de los cristianos y la iglesia católica, el árabe era de los musulmanes y mozárabes, el hebreo de los judíos y la Torah. Solamente el romance era el único idioma materno hablado por todos en la comunidad en general y que no estaba relacionado con ninguna religión o grupo étnico (Pharies, 2007, 48). Esta decisión sobre la elección del castellano como idioma final de traducción fue inmensamente popular y celebrada entre sus traductores musulmanes, judíos y cristianos. De esta manera, Alfonso X cumplía una promesa que continuaba el legado de su padre Fernando III, el “*rey de las tres religiones*” (Martínez, 2018, 9).

La interpretación de esta decisión de traducir las obras al castellano, podría provenir del espíritu nacionalista del monarca, lo cual llevaría a la noción de *nation-building* o construcción nacional. Considerando la política de repoblación cristiana y la implantación de la orden de Cluny llevada desde el reinado de Alfonso VI, esta interpretación cobra sentido. Si a esto se le añade la implementación de un sistema de pesos y medidas, la redacción de fueros y otras leyes estandarizadas, podríamos hablar de una política de creación de una nación. Este noción nacionalista también lo habría llevado a ser el primero en componer una crónica histórica, *Estoria de España*, en la cual se intenta narrar la historia de España desde sus orígenes legendarios hasta antes de su propio reinado (Pym, 2019, 6). La intención de un monarca de redactar la crónica de su nación expresaría la necesidad de controlar la narrativa mediante la intervención parcial, aunque basada en fuentes históricas existentes, de recrear la historia de los siglos de existencia de una España cristiana para justificar sus dominios políticos y territoriales, de esta manera afianzando su reinado y su contribución a la construcción de una nación. Una interpretación alternativa sobre la motivación de utilizar el castellano en vez de al latín como lengua de traducción, mencionada anteriormente, sería la de querer quitar el



monopolio que la iglesia cristiana poseía sobre el idioma legal y de cultura.

Tanto los arzobispos toledanos de la orden de Cluny, como el rey Alfonso X, compartieron, aunque de diversa manera, la motivación de necesitar afianzar su dominio en Toledo y para esto era necesario tener posesión de toda esa riqueza intelectual y científica que habían dejado los árabes en las bibliotecas toledanas. La clave de poder lograr sus objetivos fue la determinación de controlar el idioma de traducción, primero, latín y luego, castellano, ya que con esto se controlaba la educación y el conocimiento de su población, sea parroquianos o súbditos.

### **3) Su Trascendencia**

#### **a) El impacto inicial en el resto de Europa y el proceso de difusión de sus traducciones**

Si bien Al-Andalus era considerada como uno de los más importantes centros de aprendizaje intelectual y científico durante la Edad Media, al cual viajaron europeos ansiosos de saber, Toledo se convirtió en el centro académico cristiano clave al ser recuperado por Alfonso VI en el año 1085. El pasar a ser una ciudad cristiana, que supo mantener el nivel intelectual y académico de su sociedad multicultural y políglota, permitió que numerosos eruditos y estudiantes cristianos de otras regiones de Europa pudieran venir con más facilidad. Considerando que la existencia del colegio de traductores en Toledo duró por más de 150 años, el impacto inicial en Europa y la difusión de la obra traducida habrían sido procesos simultáneos al de la labor propia de traducción. Esto se deduce por la evidencia de numerosos académicos extranjeros que colaboraron en las traducciones, entre ellos los ingleses Michael Scot, Alfredo de Sarashel, Robert de Ketton, el eslavo Hermann de Carintia y el italiano Gerardo de Cremona. Este último, Gerardo de Cremona, fue uno de los más prolíficos traductores de Toledo. Según la historiadora Moller (2019) Gerardo era un erudito italiano, nacido en Cremona, norte de Italia, que llegó a Toledo ávido por conocer los descubrimientos científicos árabes y detrás de un manuscrito sobre astronomía desconocido para los que no sabían árabe, *El Almagesto* de Ptolomeo. Gerardo de Cremona no solo encontró el texto deseado sino que terminó

estableciéndose permanentemente en Toledo, donde aprendió la lengua árabe lo suficientemente bien para traducir y cuyas traducciones convirtieron a esta ciudad en foco de transmisión científica árabe-cristiana de la época. Gerardo tenía presente la trascendencia de su labor traductora y de su rol en el proceso de transmisión y difusión del saber árabe al mundo cristiano. Fue a través de sus obras, más que las de ningún otro traductor, que la Europa occidental fue capaz de tener acceso al conocimiento científico árabe (Moller, 2019, 138; Torija Rodríguez, 2019, 184).

Otro académico y traductor europeo, que vino a Toledo para ampliar sus conocimientos científicos, fue el inglés Daniel de Morley, quien explicó al obispo de Norwich porque decide viajar a Toledo a mediados del siglo XII. En su carta al obispo, comenta que después de la frustración experimentada en la escuela de París y sus *“maestros engreídos que sólo buscaban aparentar tener mucha sabiduría”*, decidió irse a Toledo para aprender con *“los más sabios filósofos del mundo”* (Torija Rodríguez, 2019, 185; Velez Leon, 2017, 545).

¿Cómo llegó la voz a los sabios en el norte de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania sobre el conocimiento intelectual y científico en Toledo? A través de las redes intelectuales y académicas de la época, que diseminaban las novedades científicas y académicas en la Europa occidental. La ciencia árabe había alcanzado renombre en el resto de Europa durante la Edad Media. El primer sabio que trajo noticias, en el siglo X, sobre el tesoro intelectual y científico de Al-Andalus al mundo cristiano, fue Gerberto de Aurillac, el futuro papa Silvestre. Habiendo estudiado por años en Barcelona matemáticas y astronomía, Gerberto volvió a Bélgica con conocimiento de avances científicos árabes como los numerales hindu-árabigos y el estroboscopio, sobre el cual escribió un manuscrito describiendo este innovador instrumento astronómico de navegación para determinar la posición de los astros (Menocal, 2002, 177). Solo décadas después de la conquista cristiana de Toledo, en estas redes de académicos ya se hablaba del tesoro intelectual existente en las bibliotecas toledanas heredadas de los musulmanes, y científicos de diversas partes de Europa, de lugares lejanos como Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría y la costa Dálmata, iniciaron sus viajes para descubrir lo que Toledo les ofrecía (Moller, 2019, 123). Estos científicos determinaron que la educación recibida en Europa alcanzaba un límite y necesitaran explorar otras oportunidades para expandir su

conocimiento, y viajar a Toledo era una de ellas. La extensión de la abundancia de conocimientos académicos encontrados en esta ciudad asombró a estos intelectuales europeos, con cientos de miles de textos sobre geografía, filosofía, historia, astronomía y ciencia. Para comparar, en la biblioteca de la abadía de Cluny, la más extensa de Europa cristiana, solo existían unos cientos de manuscritos. Fue esta orden francesa y sus miembros recién llegados a Toledo, los que mantuvieron la vía de comunicación abierta con Francia y las escuelas catedrales de Chartres y París (Moller, 2019, 130-4).

Las traducciones toledanas se difundieron por toda Europa, en parte, a través de los mismos eruditos y traductores extranjeros que volvían a su país de origen o continuaban sus viajes, llevando consigo copias de las traducciones para enriquecer el conocimiento en sus propias ciudades. Habrán sido muchas las maneras en que las copias de estos manuscritos en latín viajaron y pasaron de mano en mano, transportándose en cofres o en bolsos por semanas en caminos difíciles a rumbos variados. Pasaron de monasterios, de estudios personales de eruditos a las aulas de universidades y a otros centros de enseñanza religiosos. París, Bologna, Chartres, Oxford, Pisa y otros principales centros intelectuales de la época, recibieron estas traducciones en latín, transformando el conocimiento intelectual y científico de los próximos siglos (Moller, 2019, 122). Muchas traducciones toledanas fueron enviadas por los mismos académicos a universidades y escuelas de monasterios, donde, además de estudiarse, se hacían copias y se distribuían por medio de monasterios benedictinos, que constituían una extensa cadena en Europa. Evidencia de esto es el filósofo inglés medieval Daniel de Morley quien afirmó, después de pasar un tiempo en Toledo, que volvió a Inglaterra con una buena cantidad de manuscritos en su baúl y al poco tiempo, ya se podían encontrar nuevas copias de estas obras en la biblioteca de Oxford (Moller, 2019, 146 -147). El traductor y científico inglés Michael Scot, después de estudiar en Oxford y París, viajó a Toledo a ser parte del proyecto traduciendo textos de Aristoteles y Averroes, además de escribir sus propios tratados científicos (Fundación Ignacio Larramendi, 2021). Después de una estadía en Toledo, Michael Scot viaja a Bolonia y luego a la corte de Federico II en Sicilia, donde es requerido por sus conocimientos filosóficos y su experiencia de traductor experimentado para continuar la labor traductora en este y otros centros académicos de la época (Menocal, 2002, 193). Michael Scot, Daniel de Morley y otros

intelectuales eran parte de una selecta cadena académica, cuyo propósito era conseguir y difundir el conocimiento por medio de textos encontrados en diversas partes de Europa y sus alrededores. Para cumplir su cometido, estos eruditos viajaban extensamente, intercambiando nuevas teorías, ideas y manuscritos. Este grupo elitista de hombres instruidos buscaban nuevas ideas y maneras de estudiar la realidad por medio de la razón y no conformaban a la visión limitada de iglesia cristiana de la influencia divina en el mundo natural, lo normal en esa época (Moller, 2019, 146 -148). Esta cadena de intelectuales políglotas errantes contribuyó, de este modo, a la existencia de diversos centros académicos en distintas partes de la península Ibérica e Itálica, al ser el nexo de comunicación entre estas instituciones o entre las personas interesadas, donde no solo se traducen obras científicas sino que se intercambiaban conocimientos científicos y filosóficos.

En cuanto a la difusión y transmisión de las traducciones, es necesario señalar que, sabiendo que Toledo no era el único centro de traducción, posiblemente existían traducciones simultáneas o se trabajaba en diferentes secciones de la obra de un mismo autor (Moller, 2019, 141-142). La obra *Los Elementos* del matemático griego Euclides fue traducida del arabe al latin, al menos en tres diferentes ocasiones, aunque llegaron a haber seis diferentes versiones en el año 1175. Abelardo de Bath realizó la primera traducción, siendo la base de la tercera versión traducida por Herman de Carintia junto con Robert de Ketton. La tercera versión fue producida por Gerardo de Cremona, quien a su vez parece haber trabajado con dos distintas versiones en arabe o una combinación de las dos. La versión producida por Abelardo de Bath, de *Los Elementos*, llegó a ser la más difundida y cuyos manuscritos sobrevivieron, siendo a su vez el componente esencial de la versión italiana, de Campano de Novara, impresa en Venecia en 1482 (Moller, 2019, 140-141). Este tratado fue responsable de las discusiones dinámicas sobre sus teorías matemáticas por los dos siglos siguientes. Manuscritos de *Los Elementos* se transmitieron de muchas maneras, entre ellas traducciones completas, parciales o comentarios, y de los siete manuscritos, producidos por Gerardo de Cremona, que sobrevivieron hasta hoy en bibliotecas europeas, tres son combinaciones de diferentes versiones (Moller, 2019, 141-42).

El renombrado filósofo italiano Tomas Aquinas, cuyo doctrina está influenciada por

Aristoteles, Averroes y Maimonides, tuvo acceso a diversas traducciones toledanas, como la obra *Guía para los Perplejos* de Maimónides traducida del arabe al hebreo, la cual fue a su vez traducida luego al latin por Michael Scot en la corte de Federico II en Sicily. Posteriormente por medio de otras fuentes, logró obtener traducciones directamente del griego al latin de textos de Aristoteles y sus comentarios, desvinculándose de los anteriores traductores judíos y musulmanes toledanos y expertos en la doctrina aristotelica (Menocal, 2002, 214). Traducciones toledanas sobre la filosofía de Aristoteles alcanzaron el mundo escolástico después de 1225 y contribuyeron a la aceptación del pensamiento aristotélico. Eventualmente, estos círculos escolásticos tuvieron acceso a traducciones posteriores del griego al latin que se terminan consolidando con las primeras, dejando atrás las traducciones toledanas. Sin embargo, estas primeras versiones producidas en Toledo fueron clave para el impulso de la difusión inicial de la obra de Aristoteles y el conocimiento clásico griego en los siglos posteriores (Velez Leon, 2017, 544).

#### **b) Su legado e Influencia en la mentalidad europea de los siglos posteriores**

La convergencia de culturas, religiones e idiomas que existió en la Península Ibérica junto con el patrimonio académico descubierto, traducido y producido en Toledo, impulsaron al desarrollo de una nueva mentalidad europea estimulante aunque controversial. Estos académicos fueron capaces de utilizar la razón humana para, entre otros aspectos, inquirir sobre las sagradas escrituras y cuestionarse sobre aspectos nunca antes concebido desde por lo menos un milenio, como el mundo real. Esta nueva modalidad de analizar la realidad e incluidos textos sagrados, impulsó nuevas direcciones del pensamiento matemático, filosófico, médico y astronómico que transformaron a la Europa cristiana. Hasta ese momento, la sociedad medieval europea prefería la seguridad de la fe religiosa a la incertidumbre de nuevas ideas y conjeturas. Los eruditos españoles se convirtieron en la plataforma que impulsó una ciencia que aceptaba la teoría de Galileo como cierta, el sol y no la Tierra como centro del universo, aunque paradójicamente al mismo tiempo, los posteriores conflictos internos de España fomentaran una autoridad religiosa intransigente a los avances de la ciencia. La confluencia de estas tres

religiones terminó transformando la historia de la humanidad, a su vez de transformarse a sí mismas por el enfrentamiento de la fe con el razonamiento (Lowney, 2005, 9).

La extensión del legado de los árabes y las traducciones toledanas no se limitó a sólo las ciencias, sino que su significancia trascendió límites que ocasionaron cambios que impulsaron a Europa a la modernidad. Esta labor académica sirvió para elevar la calidad del pensamiento intelectual al cuestionarse la realidad mediante el uso del razonamiento, iniciando la transformación del paradigma filosófico que moverá la mentalidad medieval hacia el pensamiento moderno, lo que se denomina el Renacimiento (Burnett, 2008; Mantas-España, 2014, 42). En el siglo XIII, la universidad de París, tanto como el resto Europa, tuvo acceso temprano a la filosofía de Aristóteles gracias a los tratados de Averroes y sus comentarios traducidos al latín en Toledo, que impulsaron el criterio racional para la investigación científica. Se considera que la contribución de Averroes fue indispensable para el surgimiento de la Escolástica y como base del estilo explicativo de Tomás Aquinas (Levering Lewis, 2008, 371; Bragg et al., 2006). El historiador intelectual francés, Etienne Gilson, considera que la teoría del racionalismo como medio de obtener conocimiento, base fundamental del Renacimiento y la Ilustración, tuvo su concepción como idea en la España del medioevo y con el filósofo árabe Averroes, como un contraataque a la restringida teología árabe (Levering Lewis, 2008, 374) .

Sin embargo, la conexión griega-arabe-latina con el Renacimiento y la Ilustración no siempre sale a la luz fácilmente, ya que no está específicamente identificada. La noción predominante es que el Renacimiento fue una creación exclusivamente europea sin ninguna influencia extranjera, fruto de la avanzada mentalidad occidental, capaz de liberarse de su propia Edad Media oscura y renacer intelectualmente por sí sola (Burnett, 2008). Sin embargo, esta realización solamente pudo llevarse a cabo gracias al aporte de otras civilizaciones que contribuyeron tanto con labor traductora como con desarrollo científico y filosófico de teorías antiguas y propias. El Renacimiento en Europa se nutrió de dos vías de conocimiento, la griega por medio de los exiliados del Imperio Bizantino y la otra, griega-arabe mediante las traducciones al latín de Toledo. Esta confluencia intelectual y científica hizo posible el Renacimiento y el posterior desarrollo hacia una ciencia y un postura filosófica avanzada (Burnett, 2008). La universidad de París pudo convertirse, en el siglo XIII, en unos de los centros

de conocimiento más importante de la Europa cristiana al tener acceso al conocimiento griego antiguo, y sus comentarios árabes, por medio de las traducciones producidas en Toledo (Menocal, 2002, 214). El fundamento del Renacimiento, como concepto de renacer al pensamiento clásico, se formó en la corriente de conocimiento que se inició en Andalucía en el siglo IX. Empezando primero con los andaluces asimilando rápidamente el conocimiento musulmán sobre ciencia y humanidades, siguiendo con los eruditos mozárabes y judíos que emigraron a los reinos cristianos, particularmente a un Toledo recientemente recuperado de los musulmanes en 1085. Ese flujo de conocimiento terminó convirtiéndose en un abundante y desbordante intercambio de sabiduría, un renacimiento español (Levering Lewis, 2008, 368).

La concepción de la Edad Media como oscura se debe a la tendencia de la Europa occidental a narrar la historia basada en su propia experiencia, sin considerar otras narrativas. Si bien en la Europa cristiana existió un periodo oscuro en relación al saber científico y filosófico, no fue así en otras regiones y mucho menos en la España musulmana. El término Renacimiento o *Renaissance*, para referirse a ese periodo como histórico, fue una concepción del siglo XIX basada en el término usado por los italianos renacentistas, "*rinascita*", aunque este se refería exclusivamente al renacer del arte italiano y no al concepto más amplio con que se lo define hoy en día. Sin embargo, la noción del Renacimiento exclusivamente europeo existe debido a la mentalidad limitada y de superioridad de los científicos del periodo del Renacimiento y la Ilustración, durante el siglo XIX, que buscaron ignorar las obras árabes, distorsionando los hechos de la historia al negar su contribución, cuando, en realidad, estas han sido las que introdujeron la ciencia moderna a los europeos (Burnett, 2008; Martínez, 2018, 7).

Para poder evaluar la influencia y el legado de la obra traducida en Toledo en los siglos posteriores, sólo es necesario mencionar a los autores más trascendentales, académicos como Aristoteles, Arquímedes, Euclides, Diocles, Hipócrates, Platon, Ptolomeo, Galeno y los filósofos andaluces Averroes, Al-Kindi, Avicenna y Maimonides, entre otros (Fundación Ignacio Larramendi, 2021). Existen multitud de ejemplos de cómo un solo tratado o autor fue capaz de revolucionar campos de la ciencia o filosofía. Para citar algunos de ellos, Al-Jwarizmi o *Algorithmi* en su tratado *Al-Jabr*, traducido por Gerardo de Cremona, fue responsable, junto con el italiano Fibonacci, de extender el alcance de la aritmética al enseñar al mundo europeo el uso

los numerales hindu-arábigos y el sistema decimal (Moller, 2019, 142).

Otro aspecto del legado más importante de la labor de los traductores toledanos es que permitió la preservación y difusión del conocimiento antiguo y medieval en el occidente más allá de la preservación física de los propios manuscritos. Muchos de los tratados originales griegos y árabes desaparecieron, se deterioraron y gran número fueron quemados con la caída del Califato de Córdoba en 1009 y la iglesia católica en 1492 después de la caída de Granada para limpiarla de la herejía del islam (Pym 2000, 166-167). Afortunadamente, lo que sí sobrevivieron, fueron las traducciones al latín o al castellano hechas en Toledo y otros centros de traducciones. Muchos de los manuscritos árabes como los de Averroes, han desaparecido o no sobrevivieron, pero sus teorías todavía se han salvado mediante sus traducciones toledanas (Maataoui, 2006).

## CONCLUSIÓN

Esta trascendente iniciativa intelectual y académica toledana que existió durante el periodo histórico de la Convivencia española, se refleja concretamente en el significado de los cuatro idiomas de la inscripción en el sepulcro del rey Fernando III. Si bien Alfonso X y su padre lucharon para conquistar tierras de los musulmanes para los reinos cristianos, eran conscientes de la magnitud del intercambio cultural de estos pueblos. El incluir estos cuatro idiomas hace referencia a la sofisticada paradoja de la historia española medieval y la Convivencia, de celebrar a un rey y su rol en la Reconquista cristiana usando los idiomas de sus enemigos, el árabe y el hebreo.

Sin embargo, si bien he podido responder a muchas de mis preguntas sobre este periodo histórico en Toledo y sus traducciones, todavía quedan algunas que quizás sean imposibles de responder. Más allá de los motivos y necesidades personales o a nivel institucional de los que impulsaron las traducciones, sería interesante saber si alguno de estos personajes claves del proyecto fue capaz de visualizar, de alguna manera, la trascendencia que la labor producida en Toledo representó para el avance científico y filosófico de la Europa medieval. Si bien Gerardo



de Cremona era consciente de la relevancia de su labor traductora, ¿hasta dónde habría llegado su imaginación para concebir el alcance de su esfuerzo y su compromiso con el trabajo académico de traducción? Considerando que eran hombres intelectuales persiguiendo las nuevas teorías de avanzada de ciencia y filosofía, ¿habrán podido ser lo suficientemente visionarios como para imaginar el impacto que su trabajo tendría en la historia de la humanidad? ¿Habría sido Alfonso X capaz de entender el alcance de su visión para el castellano, que, por su necesidad de unificar lingüísticamente su pequeño reino, terminó estableciendo la identidad española y el segundo idioma más hablado del mundo que todavía perdura después de casi 800 años?

## Bibliography

- Bragg, M., Bennison, A., Adamson, P., & Kenny, A. (2006, Octubre 5). *In Our Time: Averroes* [Podcast]. BBC Radio 4. Retrieved 2021, from <https://www.bbc.co.uk/programmes/p0038x79>
- Brunett, C. (2001). La coherencia del programa de traducción árabe-latín en Toledo en el siglo XII. *Science in Context*, 14(1/2), 249-288. 10.1017/0269889701000096
- Burnett, C. (2008, July 1). Tracing the Impact of Latin Translations of Arabic Texts on European Society. *Muslim heritage*. <https://muslimheritage.com/impact-latin-translations-arabic-texts-euro-society/>
- Fundación Ignacio Larramendi. (2021). *Biblioteca Virtual: Antigua Escuela de Traductores de Toledo*. Biblioteca Virtual: Antigua Escuela de Traductores de Toledo. Retrieved 2021, from [http://www.larramendi.es/traductores\\_toledo/i18n/cms/elemento.cmd?id=ms/traductores\\_toledo/paginas/Introduccion.html](http://www.larramendi.es/traductores_toledo/i18n/cms/elemento.cmd?id=ms/traductores_toledo/paginas/Introduccion.html)
- Gargatagli, M. (1999, enero 15). La historia de la escuela de traductores de Toledo. *Quaderns. Revista de traducció*, 4, 9-13.
- Levering Lewis, D. (2008). *God's Crucible: Islam and the making of Europe, 570 - 1215*. W. W. Norton & Company.
- Lowney, C. (2005). *A Vanished World: Medieval Spain's Golden Age of Enlightenment*. Free Press.

- Maataoui, M. E.-M. (2006, Julio). Escuelas y Técnicas de Traducción en la Edad Media. *Tomos: Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, XI.  
[https://www.um.es/tonosdigital/znum11/portada/tritonos/tritonos-edadmedia.htm#\\_ftn1](https://www.um.es/tonosdigital/znum11/portada/tritonos/tritonos-edadmedia.htm#_ftn1)
- Mantas-España, P. (2014). El placer y la búsqueda del conocimiento entre algunos de los traductores latinos del siglo XII. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 31(1), 29-42.
- Martinez, H. S. (2018, II Semestre). Alfonso X el Sabio, Humanista y Científico. *Argutorio*, XX(40), 4 - 23.
- Menendez Pidal, G. (1951). Cómo trabajaron las escuelas Alfonsíes. *Nueva revista de Filología Hispánica*, V(4), 364.
- Menocal, M. R. (2002). *Ornament of the World: How Muslims, Jews and Christians created a culture of tolerance in Medieval Spain*. Little, Brown and Company.
- Moller, V. (2019). *The Map of Knowledge: a thousand-year history of how classical ideas were lost and found*. Anchor Books.
- Perez, F. B. (2021). *Presentación del portal Alfonso X el Sabio*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Retrieved 2021, from [http://www.cervantesvirtual.com/portales/alfonso\\_x\\_el\\_sabio/presentacion/](http://www.cervantesvirtual.com/portales/alfonso_x_el_sabio/presentacion/)
- Pharies, D. A. (2007). *A Brief History of the Spanish Language*. The University of Chicago Press.
- Pym, A. (1994, January). Twelfth-Century Toledo and Strategies of the Literalist Trojan Horse. *Research Gate*. 10.1075/target.6.1.04pym

- Pym, A. (2019, January 26). The Price of Alfonso's Wisdom: Nationalist Translation Policy in the 13th Century. *ResearchGate*. Retrieved 2021, from <https://www.researchgate.net/>
- Salvador Miguel, N. (1992, enero 20). La Escuela de Traductores de Toledo. *Pabellón de España*, 44-47.
- Torija Rodríguez, E. (2019). *La Iglesia de Toledo en la Baja Edad Media: Geografía diocesana y organización institucional*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid].
- Velez Leon, P. (2017, Diciembre 22). Sobre la noción, significado e importancia de la Escuela de Toledo. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, 6(7), 537-579.